

decoración aparece en Carmona carece del baquetón típico de los platos o escudillas del Bronce Final, y que en Valencina de la Concepción dicha técnica decorativa, en principio tardía, se plasma en platos de borde engrosado de fecha aceptadamente antigua. Otro aspecto significativo, y hasta diríamos que importantísimo, es el captado por Harrison en relación con las cerámicas de estilo Palmela de este sector andaluz, ya que vendrían a trazar por esta zona occidental la ruta de penetración del marfil desde Marruecos hacia el estuario del Tajo; un camino que significativamente aparece jalonado por cuencos de estilo Palmela a uno y otro lado del Estrecho.

También se analizan en el capítulo séptimo los problemas del campaniforme andaluz oriental; a propósito de las especies marítimas no les reconoce Harrison tanta antigüedad como a las del grupo VNSP, pero se omite en la obra el importante dato reflejado por Pellicer en su estratigrafía de la Carigüela de que en los niveles del Neolítico Final comparecen cerámicas idénticas o de absoluta similitud respecto a las campaniformes de dicho estilo. Por otra parte la estratigrafía de Orce sirve para comprobar que tales campaniformes marítimos coexisten con los más antiguos incisos de la región que el C-14 sitúa desde el 2.000 a. J. C.

Por último, en el capítulo octavo, previo a la síntesis y a ciertas consideraciones sobre la incidencia europea en Iberia, se analizan los problemas del campaniforme en Cataluña, donde como particularidad casi única en la Península, las especies más antiguas documentadas son las AOC, muy próximas geográficamente a su lugar de origen de confirmarse su localización, como pretende Clarke, en el Golfo de Lion. Tras ellas aparecerían las marítimas y las mixtas, para finalmente acaecer el esplendor del estilo pirenaico y culminar en el grupo de Salamó o catalán por excelencia, cuyo aspecto más significativo radicaría en su baja posición cronológica —hasta 1400 aproximadamente— como se desprende de su vinculación con botones piramidales y prismáticos de hueso con perforación en V.

Es evidente que el interés de la obra nos podría llevar a detenernos en multitud de otros aspectos analizados magníficamente en la misma por Harrison. Sirvan, sin embargo por el momento estas líneas para dejar constancia de la publicación de este excelente trabajo cuyo interés para la Península Ibérica ha sido comparado merecidamente por Lamborg-Karlovsky con el de la magistral monografía de Clarke para los campaniformes irlandeses y británicos. Por ello expresamos desde aquí, para terminar, nuestra felicitación a R. J. Harrison, en el convencimiento de la magnífica acogida que, a no dudarlo, se tributará a su obra en nuestro país.—GERMÁN DELIBES DE CASTRO.

MOHEN, J. P., *L'Age du Bronze dans la region de Paris. Catalogue synthétique des collections conservées au Musée des Antiquités Nationales*, Paris, 1977, 364 pp.

Dentro del plan de renovación del *Musée des Antiquités Nationales de Paris*, dirigido por R. Joffroy, fue encomendada a J. P. Mohen la revisión de las colecciones protohistóricas del mismo, las cuales pudieron ser expuestas al público en el año 1973. El doctor Mohen tomando como punto de partida los materiales de la Edad del Bronce, entonces reunidos en un catálogo sistemático, amplió los límites de su estudio a los restantes objetos de dicha edad de la región parisina, conservados en muy diversas colecciones, y el resultado de su trabajo es el magnífico libro que hoy tenemos ocasión de recensionar; una obra que nos atrevemos a calificar de fundamental para el análisis de la etapa protohistórica en Francia, ya que la posición estratégica de la región estudiada, a medio camino entre el Atlántico y Centroeuropa, permite captar con alguna precisión las

interferencias de los dos importantes grupos culturales establecidos por entonces en una y otra zona.

El libro, prologado por René Joffroy, se ha estructurado en tres partes fundamentales: origen e historia de las colecciones, análisis de los objetos y, por último, aproximación a las formas de vida de los grupos responsables de la brillante industria metalúrgica descrita con anterioridad. Por lo que se refiere a la primera de ellas, Mohen hace gala de un ilimitado conocimiento de las colecciones protohistóricas parisinas y de las vicisitudes, no poco curiosas, que rodean a la fundación del *Musée des Antiquités Nationales* —nacido por expreso deseo e intervención personal de Napoleón III—, para analizar también los diversos cauces de adquisición de fondos de la Edad del Bronce de dicha entidad, unas veces como resultado de donación de colecciones importantes (Campagne o Piketty), otras producto de hallazgos fortuitos verificados durante el dragado del Sena, y en otras, finalmente, gracias a excavaciones sistemáticas, como es el caso del importante lote de objetos rescatado del habitat de Videlles, con una ocupación, apenas con alguna laguna, desde el neolítico medio (Chassey) hasta época galorromana (trabajos de Bailoud).

La segunda parte de la obra se consagra al estudio de las diferentes piezas arqueológicas de la región. Se trata, sin duda, de la contribución más importante del libro y está realizada con gran minucia descriptiva e ilustrativa —hay dibujo de todas las piezas prácticamente—, pese a lo cual no peca de la aridez habitual de muchos catálogos o inventarios, ya que Mohen entrelaza descripciones y disquisiciones teóricas imprimiendo una elogiada fluidez al texto. Se sigue en esta parte de la obra un lógico orden cronológico, correspondiendo por lo tanto los primeros comentarios al Bronce antiguo. Sorprende en cierto modo, frente a la abundancia y buena definición del material arqueológico del Bronce medio y Final parisinos, la escasa personalidad de este primer Bronce, entreviéndose un continuidad de la cultura denominada de Seine-Oise-Marne, eneolítica, matizada por leves e infrecuentes intrusiones campaniformes y otros contactos atlánticos. La presencia de hachas planas apenas si sirve para matizar el origen de estas influencias, pero sí la de algunos puñales de mango metálico —como el de Lagny— de tipo Ródano-Norte de Italia, que insinúan un contacto con el Sudeste, aunque no exclusivo ya que sus hojas parecen atlánticas y más concretamente armoricanas, hecho este interesante si, como hace ver Mohen, se comprueban las analogías de las cerámicas de esta época respecto a las de los túmulos de Armórica. Por ello el autor defiende que por entonces la región de París configura una «provincia atlántica», con contados influjos europeos demasiado poco matizados.

Este acentuado carácter atlántico se mantiene en los inicios del Bronce Medio, como lo muestra la presencia de espadas de tipo Saint Brandan, muy clásicas en Bretaña, o de hachas de rebordes y talón naciente muy frecuentes en este sector y al otro lado del Canal en las tierras de Gales, para marcarse una cierta ruptura al término del período. Esta ruptura por otro lado no es absoluta ya que metalúrgicamente no hay cambios decisivos —aparecen hachas de talón de tipo normando, de fabricación autóctona, y lanzas de tubo, fundidas en un bronce muy homogéneo, con un 15 por 100 de estaño y una débil cantidad de arsénico, con todo mayor a la de nickel y hierro—, pero ruptura indudable, a la vista de la aparición de ciertos alfileres de cabeza de trompeta y de cerámicas con magnífica decoración excisa, que evidencian una progresión desde el Rin del grupo tardío de los túmulos del bosque de Hagenau. Por todas estas razones destaca Mohen la personalidad y originalidad de la región parisina en el Bronce Medio —después veremos que también en el Final— que se ofrece como puente entre Centroeuropa y el Atlántico.

Durante todo el Bronce Final este impulso cultural del Este no va a cesar, lo que, sin embargo, está lejos de significar que se diluya por completo el carácter atlántico de

los grupos parisinos. Entonces se va a poder palpar el empuje de las gentes de los Campos de Urnas. En los conjuntos del Bronce Final I, aunque falten casi por completo las espadas de tipo Rixheim —sólo se documenta un ejemplar—, propias de entonces en Centroeuropa, se constatan otras de tipo Monza y derivados (tipo Pepinville y «a masette») que sugieren influjos alpinos e itálicos, junto a prototipos claramente atlánticos, como los estoques de Rosnoen. Por otro lado también durante el B. F. I aparecerán, según Mohen, las más antiguas espadas francesas de empuñadura tripartita, de difícil filiación. No existe este problema de origen, por el contrario, para una navaja de afeitar rematada en una anilla, de Paris, conservada en Oxford, ni para los alfileres «a collarette» o de cabeza discoide, como tampoco para las urnitas acanaladas (*rilled ware*), elementos todos ellos propios del Este de Francia y de Centroeuropa en general, dentro de la etapa de los Campos de Urnas antiguos. Como réplica atlántica, sin embargo, podríamos citar el hallazgo en el Sena, en Paris, de un extremo de torque en oro de tipo Yeovil, originario sin duda de Inglaterra, o la gran abundancia de puntas de lanza de ojales próximos a la base de los alerones, cuyo modelo británico es innegable, pese a lo cual Mohen, dada su frecuencia y el reconocimiento de un molde para su fundición en Gonfreville-L'Orcher, no descarta una fabricación de las mismas en la región estudiada.

La dualidad de influencias se continúa percibiendo en el Bronce Final II. Las cerámicas acanaladas de tipo oriental se mantienen y junto a ellas surgen nuevos modelos de idéntica cuna, con perfiles angulosos y decoraciones incisas, naturalmente de triángulos. A este estímulo del Este oponen los artesanos parisinos una metalurgia atlántica pujante, que coincide con el desarrollo del grupo de Saint Brieuc des Iffs en Bretaña y de Wallington en Inglaterra, cuyos elementos más representativos son las espadas de puño tripartito y hoja pistiliforme, las hachas de talón a veces con asas, así como los primeros tipos de cubo, ciertos cascos —uno de ellos, por cierto, de tipo prácticamente idéntico, aunque algo más arcaico, al del depósito de la ría de Huelva—, puntas de lanza, etc. Contrastan con ellos otros elementos «continentales», alfileres, ciertas espadas de tipo Erbenheim, cuchillitos afalcatados muy típicos del Este de Francia, navajas de afeitar sofisticadas, etcétera. Entre ambos mundos, no deja de ser interesante consignar la aparición de una forma de espada autóctona, de hoja pistiliforme relativamente corta, que de algún modo desvela una vez más el carácter «atlántico» de esta provincia.

La frecuencia de las espadas de lengua de carpa en numerosos depósitos del Bronce Final III confirma este mismo aspecto al término de la Edad del Bronce, como también supone un elemento atlántico la tendencia de las aleaciones metalúrgicas a enriquecerse en plomo, al igual que ocurre en Bretaña o las Islas Británicas, y la aparición de hachas de cubo, etc. Más junto a ellas surgirán los inevitables elementos continentales ahora representados por ciertas espadas de tipo Mörigen, Forel y Mayence, alfileres, *tintinabula*, etcétera, que inducen a relacionar dicho mundo con el final de la época de los Campos de Urnas y con los depósitos tardíos de Centre-Ouest, tipo Venat.

Al término de esta segunda parte, alude J. P. Mohen a las dificultades existentes para señalar de forma precisa el inicio de la metalurgia del hierro en la región parisina, y por ello analiza en un capítulo titulado *De la Edad del Bronce a la Edad del Hierro* las últimas manifestaciones de las industrias metalúrgicas de bronce —hachas de cubo armorianas— en una época en la que aparecerán los primeros vestigios del nuevo metal y tipos de espadas, todavía en bronce pero respondiendo a modelos inequívocamente hallstáticos, en opinión de Cowen, o al menos protohallstáticos (tipos de Gundlingen y Ewart Park respectivamente). Es una etapa, por lo tanto, en la que todavía no se pierde la sensación del papel de puente de la región de Paris entre los grupos culturales atlánticos y los que podríamos considerar continentales *grosso modo*.

El libro, que como hemos dicho más arriba rebasa ampliamente los límites de un mero catálogo, remata con lo que ha titulado Mohen *Una evocación de la vida*, capítulo donde se pretende arraigar la síntesis tipológica, previamente realizada, dentro de un contexto ecológico y sociológico, tratando de humanizar el estudio prehistórico. Para ello se ofrecen panorámicas de la realidad orográfica, climatológica, de flora y fauna que se piensa ofrecieron las tierras de París durante la protohistoria, las cuales condicionarían muy probablemente el poblamiento humano del sector. El desciframiento de este último reviste importantes dificultades desde el momento en que la mayor parte de los elementos conocidos no proceden de habitats o necrópolis, sino de escondrijos y hallazgos sueltos —muchos de ellos en los lechos de los ríos (¿un culto a las aguas?)— cuyo significado en cuanto a topografía antigua no deja de ser bastante ambiguo. Con todo algunos lugares de habitación sí se reconocen (en el valle, cabañas redondas de poca entidad, como las de Choisy-le-Roi, Villeneuve-Triage o Cannes-Ecluse, normalmente muy pobres y lamentablemente sin elementos metálicos que faciliten su asimilación a un horizonte cultural preciso; en la montaña, habitats en altura, tipo Marion-des-Roches o Videlles, donde las estructuras no siempre han podido definirse), y lo mismo cabe decir de las necrópolis, ya que existen algunos conjuntos importantes, publicados monográficamente por lo que no se insiste en su descripción, cual es el caso de los de Marolles-sur-Seine, Gours-aux-Lions, etcétera, del Bronce Medio (?) y Final, con rituales de incineración e inhumación indistintamente. Esta parte tercera culmina con una alusión a las actividades humanas (trabajo de piedra, madera, hueso, arcilla y metal, con especial mención de este último), que termina de agotar definitivamente cualquier aspecto no abordado con anterioridad en el texto.

Deseamos felicitar al Dr. Mohen por esta magnífica obra que tiene para las áreas atlánticas interiores del Norte de Francia el mismo gran valor que tuvo la de Briard *Les depots bretons et l'Age du Bronze Atlantique* para el occidente. Podemos decir, sin temor de ser exagerados, que la fortuna de la región parisina a nivel prehistórico, en tanto puente y zona de influjos mútuos atlánticos y centroeuropeos, no es mayor de la que supone contar actualmente con un investigador de la categoría de J. P. Mohen que ha hecho posible la aparición de un trabajo de la valía del presente. Nuestra enhorabuena, pues, al autor y al *Musée des Antiquités Nationales* por el éxito que supone la publicación del mismo.

No sería justo, para finalizar, omitir un mínimo comentario a la magnífica presentación del libro, ni mucho menos a la categoría y contenido artístico de las numerosas fotografías que lo ilustran, que se deben a Ph. Cheret, fotógrafo del *Musée des Antiquités Nationales*.—GERMÁN DELIBES DE CASTRO.

ARNALDI, Adelina, GAGGERO, Gianfranco, PERA, Rosella, SALOMONE GAGGERO, Eleonora, SANTI AMANTINI, Luigi, *Fontes Ligurum et Liguriae antiquae*, Genova, Società Ligure di Storia Patria, 1976, 4.º, 462 pp.

Este volumen recoge, con traducción y comentario, las fuentes textuales referentes a la Liguria y a los ligures, hasta el s. VIII d. C.

La obra se divide en las siguientes partes: I. Itinerarios. II. Liguria. III. Ligures. IV. Étnicos. V. Topónimos, divididos a su vez en 1. Relieve, llanuras y bosques. 2. Ríos. 3. Lagos y pantanos. 4. Mares. 5. Islas. 6. Provincias. 7. Centros de habitación. 8. Vías. En el interior de dichas secciones las materias se disponen por orden alfabético y, den-